

11.- Somos frágiles, pero no indefensos: el cambio es posible

Muchas personas piensan que la emergencia de salud que enfrentamos en estos días es el desafío más insidioso que podría haberle ocurrido a una sociedad compleja como la nuestra. ¿De dónde viene este sentimiento común? Generalmente, las explicaciones que se leen en los periódicos giran en torno a un concepto clave: el de "fragilidad". La conclusión es que la gran lección que nos enseñaría la epidemia de coronavirus es que somos criaturas más frágiles de lo que pensábamos.

Como filósofo, podría estar de acuerdo con este argumento si las personas que lo apoyan quisieran en realidad decir algo así. La vida moral de nosotros, los seres humanos, es frágil, porque pueden surgir situaciones que nos confrontan con opciones sobre cuyas consecuencias tenemos muy poco control. De hecho, desde hace algunas semanas nos hemos visto continuamente obligados a tomar decisiones cuyos efectos no solo no podemos medir, sino que ni siquiera estamos seguros de su calidad moral.

Nuestros días están abrumados por la dinámica estadística, mientras que la mayoría de las veces preferiría que nos ayudara a comprender el daño que podríamos provocar a las personas de carne y hueso con quienes tratamos continuamente: ¿no será que mantenerlos a distancia los ofende? ¿Es compatible la máxima de privilegiar siempre la salud pública con nuestros particulares deberes hacia las personas que amamos? ¿Y qué pasa con todo lo que va más allá del valor de la salud, por ejemplo, la libertad personal o la democracia, cuando nuestra coherencia moral podría dañar no a nuestras vidas, sino a las vidas de los demás?

En efecto, estas son preguntas difíciles, pero lo que la gente quiere decir generalmente, cuando dicen que nos hemos descubierto frágiles, es que en las últimas semanas nos hemos dado cuenta de que somos mortales. Pero, déjeme ser sincero, ¿necesitábamos una pandemia para descubrir que somos criaturas finitas y vulnerables? A excepción de algunos adolescentes en plena ilusión de la omnipotencia, me parece una hipótesis arriesgada. Estoy convencido de que incluso la confianza ilimitada que las personas modernas depositan en la tecnología es más un síntoma de un agudo sentido de su fragilidad biológica que viceversa.

Aquellos que nos señalan que, en circunstancias tan difíciles, nuestra mortalidad se presentó como un azar extremo (*extreme contingency*), es probable que se acerquen a la verdad. En otras palabras, nos sentimos abandonados a una especie de lotería global gigantesca, donde la evolución de los eventos se confía casi por completo al destino, tanto en el sentido de la evolución de la epidemia (¿por qué en Italia y no en Austria?, ¿por qué en Corea y no en Vietnam?) como en el sentido del desarrollo de una infección cada vez más probable (¿por qué solo dos líneas de fiebre para mí y neumonía para otra persona?). Esto nos confunde, incluso cuando, en una revisión más cercana, la verdad es difícil de digerir: para las personas menos privilegiadas que nosotros, esto siempre ha sido la norma, no la excepción a la regla.

Sin embargo, la verdadera fragilidad que nos ha traído la emergencia del coronavirus definitivamente no es nuestra mortalidad individual. Se trata más bien de la sorprendente vulnerabilidad de una civilización que ha elegido como *modus vivendi* lo que el sociólogo Hartmut Rosa ha descrito apropiadamente como una forma de vida basada en la estabilización dinámica: vivimos en sociedad, y esto significa que, para mantener el equilibrio, deben (las personas) correr continuamente. No pueden frenar ni detenerse. Deben innovar frenéticamente, competir, aumentar la productividad, la eficiencia, la movilidad, etc., mientras no parecen preocuparse por la vulnerabilidad de los lazos sociales.

No niego que una sociedad así tenga muchas virtudes y varios aspectos emocionantes; me limito a concluir (*finding*) que esto tiene muy poco que ver con la precariedad que, por definición, caracteriza los equilibrios naturales. Aquellos que aún tienen dudas al respecto pueden detenerse por un momento para reflexionar sobre las virtudes que serían indispensables hoy (humildad, paciencia, solidaridad, responsabilidad (*seriousness*), espíritu de sacrificio, inmovilidad) y las cualidades que en cambio son más apreciadas (y recompensadas) en nuestro mundo (asertividad, velocidad, competitividad, ironía, egocentrismo, movilidad). Si a esto le sumamos la adhesión casi automática a la idea de que la felicidad de uno constituye el bien predominante (*overwhelming good*) en todas las circunstancias, se hace fácil entender por qué un virus más sutil que poderoso ha derribado una sociedad sofisticada como la nuestra.

Sin embargo, no hay nada irremediable en este diagnóstico. Las personas pueden cambiar; no están condenadas a seguir siendo lo que son debido a una supuesta ley científica. Por eso, la ciencia puede ayudar a superar esta crisis solo en un cincuenta por ciento. La otra mitad depende de nuestra capacidad para atesorar esa sabiduría (secular o religiosa, no importa) que nos ha enseñado durante milenios que los seres humanos tienen dentro de ellos, y gracias a su capacidad para tejer relaciones, recursos suficientes para desarrollar lo mejor de sí mismos.

No solo deben considerarse los ejemplos inimitables de santos y héroes. Cualquiera de nosotros ha demostrado esta capacidad en esos momentos no excepcionales en los que descubrimos que el centro de nuestra existencia no coincide en lo más mínimo con nuestro ego miserable. Se puede hacer. Podemos cambiar y elevarnos rápidamente a lo mejor de nosotros (*to our best parts*). No es una verdad científicamente demostrable, pero es una verdad no menos granítica. Simplemente, en lugar de demostrarse, debe ser presenciada. Una razón más para remangarse las mangas.

Llegará el momento de resumir y comprender juntos qué lecciones podemos extraer de este contacto totalmente inesperado con nuestra fragilidad. Nada será como antes después de esta emergencia de salud. Incluso, si no todo fuera como nos gustaría que fuera, sabremos por experiencia que podemos hacerlo mucho mejor de lo que creíamos erróneamente que pudimos hacerlo después del *déluge* ("tormenta/diluvio", ed.).

Paolo Costa

Filósofo e investigador del Centro de estudios Religiosos en Trento, Italia

<https://magazine.fbk.eu/en/news/we-are-fragile-but-not-defenceless-changing-is-possible/>

Publicado originalmente en inglés e italiano en fbk.eu el 16 de marzo

La Universidad de Monterrey, promueve la búsqueda de la verdad y, para ello, es importante la escucha atenta y el diálogo respetuoso y abierto que contribuyan al intercambio de ideas y al desarrollo del pensamiento crítico.

Las opiniones expresadas en este artículo son propias de cada autor, el cual, no necesariamente representan la postura de la Universidad de Monterrey ni del departamento que promueve esta actividad. Hagamos de este un espacio de construcción de diálogo e intercambio que contribuya a la formación integral de todos.